

**El espacio, narrador y testigo de las extrañezas del mundo en
El mundo es un lugar extraño de Severino Salazar**

Federico Cendejas Corzo¹

*El mar no es
más que gotas unidas, ni el saber
que palabras unidas, ni el amor
que murmullos unidos, ni tú, cosmos,
que cosmillos unidos.
Juan Ramón Jiménez*

¿Alguna vez se han sentido extranjeros en su propia casa o peor aún, extranjeros del mundo entero?, ¿han pensado que el entorno pareciera conspirar en su contra? O por el contrario ¿han tenido la sensación de que el espacio les ha favorecido o ayudado en la consecución de sus objetivos o tareas? Creo que la respuesta de muchos a todas estas preguntas es sí, y que al igual que Severino Salazar opinamos que *El mundo es un lugar extraño*.

En la novela que aquí nos ocupa, el espacio cobra gran relevancia en las historias, pues, más allá de fungir como simple escenario de las acciones de los personajes, los ambientes adquieren en ocasiones un carácter simbólico relevante para la experiencia estética del lector y para el desarrollo de los acontecimientos internos de la narrativa. Los espacios son obstáculos y aliados de los personajes hasta el grado de volverse participantes de los hechos relatados, e incluso convertirse en testigos y narradores de las situaciones que en ellos se llevan a cabo.

Será importante iniciar esta disertación definiendo al espacio. Para mí, referentes siempre útiles serán los diccionarios que brindan ideas panorámicas de aquellas palabras que convertimos en conceptos, como diría Mieke Bal: “si pensamos lo suficiente sobre ellos, nos ofrecen teorías en miniatura y, de esta guisa, facilitan el análisis de objetos, de situaciones, de estados y de teorías” (2002, 35). Por ello me

¹ Actualmente estudia la Maestría en Literatura Mexicana Contemporánea, UAM-A

parece importante consignar las primeras dos acepciones que la Real Academia Española advierte de la palabra-concepto espacio:

espacio.

(Del lat. *spatium*).

1. m. Extensión que contiene toda la materia existente.
2. m. Parte que ocupa cada objeto sensible.” (RAE: 2015)

Amplíe las palabras anteriores con una definición más, por parte del Diccionario del Español de México: “Medio físico continuo e infinito en el que están contenidos todos los cuerpos del universo” (DEM: 2015).

A propósito de las definiciones anteriores, es interesante observar ya desde estas escuetas descripciones de los diccionarios que el espacio es un concepto difícil de asir, pues en ellas aparecen palabras como “infinito”, “existencia” o “universo”, cuyas definiciones y tratamientos tanto en la literatura como en otras artes y ciencias han generado infinidad de obras y estudios.

Por otro lado, la literatura otorga el poder, tanto al autor como a los lectores, de transgredir el espacio físico y convencional en el que nos encontramos inmersos para adentrarnos en mundos posibles, mundos extraños liberados de toda estructura espacial tangible; lo que significa que tratar de definir o acotar un concepto como el del espacio literario resulta una empresa complicada. Sin embargo, toda concepción narrativa debe suceder en algún lugar o no-lugar, es decir, en un espacio.

Para que los lectores nos percatemos de los espacios narrados, los autores, como menciona Luz Aurora Pimentel, deben ‘pintar’ con sus palabras a través de la descripción los escenarios en que se llevarán a cabo las historias de la narración.

En este sentido, el espacio en la narración siempre influye, tiene poder transformador, pues el hombre se relaciona con el entorno en todo momento y los personajes lo hacen a su vez en el mundo ficcional del relato, como diría Fernando Aínsa:

Esta relación del hombre con el ambiente es factor determinante de la creación artística y de la definición de caracteres y comportamientos humano [...] En todo caso, el espacio no es nunca neutro (Aínsa; 2003:26).

Los espacios están llenos de connotaciones, la imagen, la cadena de significado de la que hablaría Roland Barthes en su *Grado cero de la escritura*, permiten al lector caminar en las calles barrocas de la ciudad de Zacatecas que nos presenta Severino Salazar, y como lectores, 'escuchar' la voz de los escenarios de los relatos de la novela:

Cada personaje participa como narrador de su propia historia y como testigo de la de otros; además, se incorporan voces de escenarios personificados como la ciudad, el valle, la casa, el invernadero y el camino (Quintero; 2013:15).

Es importante tener en cuenta que el libro que aquí nos ocupa, como bien dice Marcela Quintero, es una aproximación tanto al cuento como a la novela, pues cada capítulo podría ser leído como una unidad, ya que cada personaje y cada espacio tiene una historia que contar, como bien se menciona en el texto:

Esta es la historia de los recuerdos que se cantan en mi tierra, de un hombre que atrapó sus sueños, y de la gente que sufría y gozaba en estas regiones junto con él. En parte, tal como aún se escuchan –dándoles vida los tonos suaves de una guitarra– en los dominios llenos de sol; y también como se narran de noche, cuando el viento frío baja silbando de las montañas y llena de miedo y añoranza a los sobrevivientes de esta tierra conmovida– soy el trovador de Zacatecas (Salazar, 2013: 33).

La novela, entonces, es un tejido de historias entrelazadas por un hilo conductor, los unen la desesperación, el dolor, la incertidumbre de lo desconocido y las tormentosas noches de sueños extraños, las dudas de la existencia divina e incluso de la existencia tangible. En un contexto ficcional como ese, los recuerdos, esas memorias que se cantan con las letras de Pancracio son fundamentales para ir construyendo el mundo al que Severino Salazar nos invita.

En momentos el espacio se describe a sí mismo, como lo haría cualquier narrador en alguna otra novela o cuento para generar la imagen de dicho lugar en la mente de los lectores. Sin embargo, nunca producirá el mismo sentido que un

personaje hable de su propia percepción de sí a que lo haga alguien de manera externa, en el relato el efecto es interesante:

Ahora soy la casa de don Valente Reveles [...] orgullosa doy la cara; soy una mansión de dos pisos de cantera labrada. Mi aspecto es extraño si se tiene en cuenta mi color y la regia construcción de mi fachada (33).

Una casa que se caracteriza a sí misma para hacernos saber a los lectores que, seguramente, al saber cómo es su propio aspecto, también sabe algo de las acciones que llevan a cabo sus habitantes y de las situaciones que viven en su interior.

Así, el espacio participa de la definición de sí mismo, pero también, existen otras ocasiones en que el escenario toma partido para ayudar u obstaculizar el accionar de los personajes, como lo dice el camino:

Soy el camino de tierra y piedras que llega hasta el valle encantado por la región montañosa del norte [...] Luego me desperdigo en numerosas veredas sobre las faldas de las montañas, las cuales conducen a rancherías pequeñas donde sus contados habitantes han logrado, en parte, domesticar la tierra [...] Ahí me desvanezco. Ahí se acaba mi misión (32).

No es un camino neutral, es un camino que sabe que está hecho para algo y cumple su misión cabalmente, aunque se desperdiga en veredas, sabe que debe ayudar a los viajeros a encontrar su destino. En este sentido, no nos enfrentamos con escenarios pasivos, por el contrario, la extrañeza del mundo pareciera dejar entrever la idea de que ese mismo entorno raro y ajeno que nos rodea contribuye para que construyamos nuestra visión de la realidad.

Hay otros dos espacios que toman las riendas de la narración de una manera muy interesante, tanto, que se convierten, desde mi punto de vista, en personajes de la historia en que están participando constantemente, me refiero al invernadero de don Valente Reveles y a la misma ciudad de Zacatecas.

El invernadero, guardián de la primavera y de los sueños.

Verdaderamente, el invernadero de don Valente Reveles no es cualquier invernadero, pues, es un lugar capaz de preservar las estaciones del año dentro de sí, es refugio de vida y también refugio de muerte, es la mayor ilusión del señor Reveles y también su perdición:

Yo soy esa casa de cristal entre los árboles [...] y dentro de mí, este hombre tiene encerrada una estación: la primavera [...] y yo, el invernadero de cristal, permanezco inmutable; si acaso mis vidrios se empañan con el vapor para después dejar escurrir gruesas gotas de agua a través de mis paredes, como si estuviera sufriendo y llorando. Un ambiente cálido me mantiene siempre viva por dentro, repleta de energía (61).

Todo el entorno cambia por el paso natural del tiempo, sin embargo, el invernadero desafía las leyes naturales a las que todo lo que está fuera de él se somete y se convierte en un refugio de la primavera, la primavera fecunda de los sueños y locuras de don Valente. La temperatura interior hace que se mantenga vivo y el agua en las paredes parece hacer llorar a los cristales de los que está construido. Nada más ideal, más onírico que el espacio íntimo del invernadero, que es para don Valente lo único que en realidad da sentido a su vida, pues se afana en el cultivo de sus plantas y también, termina, por revelarle de algún modo a ese invernadero de sus amores, sus sueños e ilusiones y tal vez incluso, sus dolorosos tormentos:

Aunque el silencioso invierno cubra los campos del valle dentro de mí –que soy ante todo un espacio: la casa de cristal– hay primavera, la naturaleza está en plena germinación y dando pródigamente sus frutos [...] Entra en mí, que soy su casa de cristal, todos los días muy de mañana, y lo veo sonriéndose, como si por este medio continuara viajando por los pasadizos secretos de sus sueños, ahora, penetrados por una nueva luz, en pleno día, o como si se propusiera desarrollarlos. Adentro de mí, él y sus sueños, siento que me hincho de ilusiones y vamos a la deriva los tres por el valle, y creo que vamos a reventar en cualquier momento y quedarán regados por el bosque pedazos de vidrio, de macetas, de hojas y sangre (175).

Que el invernadero guarde la primavera contra el terrible invierno de afuera es también una metáfora de lo que le sucede a Valente Reveles, mientras afuera el mundo es un lugar extraño, imposible de comprender, adentro del invernadero todo se disipa, todo está bien, en el interior de la casa de cristal siempre es primavera.

La ciudad que tiene voz pero no habla

La ciudad de Zacatecas canta una “Canción salvaje” en la que nos hace saber a los lectores que ella sabe toda la verdad de las historias, que ha sido testigo de ellas, que tiene memoria y que siente, que conoce todo lo que pasa en sus casas y en sus calles, como ese domingo nublado en que bajan los campesinos a misa:

Una llovizna menuda se dejó caer sobre mí con la noche, seguida por un viento zumbante y helado que marchitó las puntas más verdes y tiernas de las plantas en mis jardines, parques, patios de mis casas y congeló el agua de las fuentes (237).

Un día gris y sagrado en que los habitantes escucharán la triste voz de Pancracio, preguntándose si todas esas historias que canta serán verdad, el trovador de Zacatecas, a quien la misma ciudad ama se ve ahora observado por la ciudad que desea adoptarlo, las preguntas de los habitantes de la ciudad no tienen respuesta, sólo la ciudad sabe lo que pasó pero no puede decirlo: “Pero yo sé que no ha estado ahí, sólo que no se lo puedo comunicar a nadie. Aunque tengo memoria, el habla no me fue dada” (238). La ciudad desea poder comunicarles a los habitantes que tal vez, no todo lo que dice el trovador es cierto, que hay cosas que escapan a sus ojos de humanos, que las cosas no son así como las creen, sin embargo, a pesar de que la ciudad tiene voz para contar su historia a los lectores, no puede hacérselas saber a sus habitantes en la ficción, fue privada de esa facultad. Sin embargo, como diría Maurice Blanchot, en el silencio también se dice, y Severino Salazar es uno de esos autores capaces de decir sin decir.

Todo comunica, por eso sostengo que el espacio no es neutro jamás, pues en su silencio con los personajes y en su interacción con los lectores es que el escenario mismo nos hace saber su parecer y nos revela su historia.

Esa ciudad que sabe cómo es, puede también mirarse en los ojos, en los cristales de las gafas de Pancracio para dar cuenta de que ese espacio observa a sus pobladores, los sigue y los aprecia: “Soy la ciudad [...] Sólo yo me veo a mí misma en ese par de espejos ambulantes. Me miró pasar encarrerada en el más leve de sus movimientos” (239).

Es el espacio el que burla al tiempo, el espacio literario que transgrede cualquier orden de la realidad que está fuera de su arte, las voces literarias de los espacios son un eco, así como las voces de los personajes tienen murmullos y resonancias en el exterior, es en el interior de la obra en donde cobran todo ese poder simbólico que permite generar la experiencia estética y que aún en el silencio significa.

Es así como el espacio, al narrar de manera testimonial se convierte en personaje, toma partido y en su silencio comunica, pues es compañero en la desesperación de los personajes que lo pueblan en su búsqueda de la verdad de las historias, pues aunque los espacios conocen dicha verdad no pueden comunicarla a sus pobladores y de ese modo quedan en igualdad de condiciones en el espacio literario.

Fuentes consultadas

Aínsa, Fernando (2003) "Del espacio vivido al espacio del texto. Significación histórica y literaria del estar en el mundo" en *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, W 20, año 2003, p. 19 a 36. Disponible en:

<http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/189/AinsaCuyo20.pdf> Consultado en marzo de 2015.

Bal, M. (2002) *Conceptos viajeros en las humanidades*. Toronto: University of Toronto Press.

Barthes, R. (1997) "Prólogo" y "¿Qué es la escritura?" en: *El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayo críticos*. México: Siglo XXI.

Blanchot, M. (2002) *El espacio literario*. Madrid: Editorial Nacinal.

Diccionario del Español de México, disponible en: <dem.colmex.mx> Consultado en marzo de 2015.

Pimentel, L. A. (1998) "Mundo narrado I: La dimensión espacial del relato" en: *El relato en perspectiva*. México: UNAM-Siglo XXI.

Quintero Ayala, M. (2013) Prólogo "El mundo es un lugar extraño: un corrido que se ve con los ojos cerrados" en: Salazar, S. *El mundo es un lugar extraño*. México: Juan Pablós Editor-CONACULTA.

Diccionario de la Real Academia Española, disponible en: <lema.rae.es> Consultado en marzo de 2015.

Salazar, S. (2013) *El mundo es un lugar extraño*. México: Juan Pablós Editor-CONACULTA.